

palabra como franca en su conducta; tan diligente en reconocer los servicios como fácil en perdonar las injurias; se hacia estimar de todos con entusiasmo. „Que diré de su liberalidad? Daba „no solamente con alegría, sino con una elevacion „de alma que dejaba traslucir al mismo tiempo „el menosprecio del don y la estimacion de la „persona. Realzaba sus presentes, ora con palabras insinuantes, ora con su mismo silencio; y „este arte de dar agradablemente, que habia practicado tan bien durante su vida, la siguió, yo lo „sé, (\*) hasta en los brazos de la muerte.”

Este rasgo característico de unas virtudes tan dulces, viene á completar el cuadro general de su grandeza; y desde que hemos percibido este conjunto, pronosticamos para ella un porvenir de gloria muy adecuado para ocupar la atencion de todo el universo. Pero aqui nos detiene el Orador á fin de convencernos de que este era el inmen-

(\*) Alude aqui Bossuet á un rasgo que muestra hasta donde llevó esta princesa la gracia y la delicadeza, aun en los brazos de la muerte. Habiéndose acercado para darle alguna cosa su primera dama de cámara, le dijo aquella en Ingles, á fin de que Bossuet no lo entendiese: **DAD AL SEÑOR DE CONDOM. (esto es á Bossuet) CUANDO YO HAYA MUERTO, LA ESMERALDA QUE HE MANDADO HACER PARA EL.** (Beausset. Historia de Bossuet.)

Luis XIV quiso poner por sí mismo esta sortija en el dedo de Bossuet, y le invitó á que la trajese consigo durante su vida en memoria de Madama; añadiendo que no podia manifestar su interes por la memoria de esta princesa de un modo mejor, que encargándole de que predicase su oracion fúnebre.

La colocacion del presente hecho al Obispo de Condom y la inspiracion feliz del rey que le encargó de la oracion fúnebre sorprendió generalmente á

so abismo en que iba á precipitarse. „No iba „dice á ganar todos los corazones? Es decir, la „única cosa que han menester de ganar aquellos „á quienes el nacimiento y la fortuna parecen haberlo concedido todo. Si pues tan alta elevacion „es un precipicio formidable para los cristianos, „no puedo yo decir, Señores, para valerme de las „fuertes palabras del mas grave de los historiadores, „que iba á ser precipitada en la gloria?”

El profundo pensamiento de Tacito, adquiere la mayor sublimidad en la boca de Bossuet; ¡tan cierto así es que el genio sirve al genio y la grandeza sigue á la grandeza! Un filósofo de aquellos á quienes basta una insinuacion tan penetrante para sumergirse en las reflexiones y pensamientos que contiene, no necesitaba otra cosa para seguir paso á paso los obstáculos que la virtud encuentra en el alma de aquellos hombres á quienes tiene aletargados el incienso de la celebri-

todos. Felicitaban á Bossuet del don tan tierno destinado á su persona, y mas todavia por el nuevo triunfo ofrecido á su genio; y unicamente le manifestaban algun sentimiento de que el decoro del pulpito no le permitiese mencionar en este elogio un legado tan honorífico para la princesa como para el Orador. ¿Y POR QUE NO? Dijo en un primer movimiento de gratitud.

La respuesta de Bossuet fue muy divulgada; y es fácil figurarnos la impaciencia que tal noticia y semejante promesa debia producir en todos los espíritus. Se aguardaba todo con el mayor interes, cuando el Obispo de Condom pareció en la cátedra. Sin apresurarse á satisfacer la expectativa de sus oyentes, supo justificar su promesa; porque vino á cumplirla hasta el fin de su discurso, sin necesidad de preámbulo ni explicacion. Tres sílabas distinguidas por un grito despedazador en medio de la narracion mas calmada, **YO LO SE**, bastaron á Bossuet para tratar con tanta dignidad como medida la his-

dad; pero nuestra limitacion comun impone á los oradores el deber de revelárnoslo todo; y asi es como Bossuet, obediente á la voz de nuestra ignorancia, derrama sobre este pensamiento los encantos de una explanacion eminentemente moral y filosófica. Oigamos pues las lecciones que se desprenden de sus labios despues de habernos trasportado con aquel rasgo tan sublime.

„¿Que criatura fué nunca mas á propósito para ser el ídolo del mundo? ¡Pero á cuan delicadas tentaciones no estan expuestos estos ídolos que el mundo adora! Ciertamente es que la gloria los pone á cubierto de algunas debilidades; ¡pero la gloria por ventura los defiende de la gloria misma? ¡No se adoran en secreto? ¡No quieren tambien ser adorados? ¡Cuanto no tienen que temer de su amor propio! ¡Y que puede reusarse la debilidad humana, mientras que el mundo le concede todo? ¡No es aqui donde se apren-

*toria, generalmente divulgada de esta sortija que se veia brillar en su dedo. Este es el triunfo de las conveniencias oratorias. Estas tres palabras fundidas, por decirlo asi, en una narracion en que no figuran menos por su precision que por su claridad, pero cuyo verdadero sentido no puede adivinarse, y cuya energia es todavia mas difícil sospechar cuando se leen en este discurso sin previa noticia de la anécdota que las motivó; estas tres palabras que la vista de la Iglesia de San Dionicio ha reproducido en mi memoria muchas veces bajo aquellas mismas bóvedas en que mi admiracion creia oirlas aun estallar y retemblar; esas tres palabras en fin tan simples y sorprendentes por un rasgo sublime de situacion única en elocuencia, penetraron de ternura y entusiasmo á todo el auditorio, que se mostró digno de sentir las y apreciarlas, repitiéndolas muchas veces con un trasporte unánime en la primera esplosion de su enagenamiento, Maury. Essai Sur L' Eloquence de la Chaire.*

\*

„de á hacer servir á la ambicion, á la grandeza y á la política, la virtud, la religion, y el nombre de Dios? La moderacion que el mundo afecta, incapaz de sufocar los movimientos de la vanidad, solo sirve para ocultarlos; y mientras mas consideraciones prodiga en lo exterior, con mayor ímpetu abandona el corazon á los mas delicados y peligrosos movimientos de la falsa gloria. Ya no cuentan sino consigo mismos; y cada uno dice en el fondo de su alma: *yo soy, y no hay mas que yo en la tierra.* En este estado, Señores, ¿la vida no es un peligro? ¿la muerte no es una gracia? ¡Que no debe temerse de los vicios, si las buenas cualidades son tan peligrosas! ¡No es pues un beneficio de Dios el haber abreviado las tentaciones con los dias á MADAMA; el haberla arrancado á su propia gloria, antes que esta gloria por su mismo exceso, hubiese aventurado su moderacion? ¡Que importa que su vida haya sido corta? Nunca lo que debe acabar puede ser largo. Cuando no contásemos aquí sus confesiones mas exactas, sus conversaciones devotas mas frecuentes, su aplicacion mas fuerte á la piedad en los últimos tiempos de su vida; estas pocas horas, santamente pasadas entre las mas terribles pruebas y en los sentimientos mas puros del cristianismo, equivalieron por si solas á una edad completa. Confieso que el tiempo ha sido corto; pero tan fuerte la operacion de la gracia, como perfecta la fidelidad del alma. Efecto es de un arte consumado reducir á pequeño toda una grande obra; y la gracia, esta excelente artista, se complace algunas veces encerrando en un solo dia la perfeccion de una larga vida. Sé muy bien que Dios no quiere que aguardemos tales milagros; pero si abusa de su bondad la temeridad insensata de los hombres, no por esto su brazo se ha cortado, ni su mano está debilitada. Yo pues confio por MADAMA en esa misericordia que tan sincera y humildemente ha reclamado. Pa-

„recede que Dios no ha querido conservar libre  
 „su juicio hasta el último aliento, sino á fin de  
 „que tuviesen mas duracion los testimonios de su  
 „fè. Ella amó al morir al Salvador Jesus: antes  
 „le faltaron los brazos, que el ardor por abrazar  
 „la cruz: yo vi su mano desfallecida buscar, aun  
 „cayendo, nuevas fuerzas á fin de aplicar sobre  
 „sus labios este signo feliz de nuestra redencion:  
 „¿no es pues esto morir entre los brazos y en el  
 „ósculo del Señor? ¡Ah! Podemos acabar este  
 „santo sacrificio por el reposo de MADAMA con  
 „una piadosa confianza. Este Jesus en quien ha  
 „esperado ella, cuya cruz ha llevado en su cuer-  
 „po con dolores tan crueles, le dará todavia su  
 „sangre, de la cual está ya teñida y penetrada to-  
 „da por la participacion de los sacramentos y por  
 „la comunión con sus sufrimientos.”

Quando examinamos estos pasages con el  
 objeto de sacar útiles documentos de aqui para ma-  
 durar el talento y pulir el sentido crítico de la  
 juventud que se consagra al cultivo de la litera-  
 tura, no podemos prescindir, en medio de los trans-  
 portes con que nos arrebató el genio de los gran-  
 des hombres, de una idea muy penosa, la de no  
 poder caracterizar, sin estendernos mucho, unas be-  
 llezas que tanto material ofrecen á la crítica para  
 emprender la mas brillante y merecida apologia.  
 Cada uno de los pensamientos que componen este  
 trozo sugiere mil reflexiones importantes, y alter-  
 nativamente distinguimos en ellos un torrente de  
 luz para la moral, un dechado de belleza para la  
 literatura, y un manantial inagotable de consuelos  
 con que la religion sostiene y estimula la virtud, y  
 hace apetecible la muerte. Muy grato me seria re-  
 correrlos todos analíticamente; pero cediendo á la  
 estrechez del tiempo, limitaré mis observaciones á  
 los tres puntos que aqui me parecen dominantes.

Quando el nacimiento, el poder ó la cele-  
 bridad, levantan á los hombres hasta un punto en  
 que ya no escuchan otro idioma que el de los ho-

menages mas exagerados, no puede negarse que des-  
 cubren en su exterior tanta grandeza y muestran  
 tal dignidad en su porte, que llegan á parecernos  
 inaccesibles hasta al contacto de las pasiones bajas.  
 Nos parece que aun cuando son viciosos, sus vicios  
 han de ser tan grandes como sus almas, y no po-  
 demos concebir que lleguen á franquearse á cierta  
 clase de crímenes, de aquellos principalmente que tien-  
 den á confundir al hombre con el bruto. Pero el  
 caso es, que viendo estos personajes á favor de  
 la luz que derrama sobre ellos la moral evangé-  
 lica, reconocemos con asombro que no les falta  
 nada de cuanto mas altamente caracteriza nuestra  
 miseria. ¡Que de bajezas ocultas! ¡Que de afectos  
 depravados! ¡Que de tendencias viles hácia los ob-  
 jetos mas indignos! ¡Llegando aqui conserva una  
 sola chispa, con que engañar, el imponente y os-  
 tentoso atavío con que se dejan ver de los otros  
 los grandes potentados? ¡Que descubrimiento este  
 tan ventajoso para las virtudes tranquilas! Desde  
 que él se anuncia en el alma, sube mucho el pre-  
 cio de la mediocridad: el aldeano vuelve mas con-  
 tento que nunca á habitar bajo su ahumada choza,  
 el sabio virtuoso lanza un horrible anatema sobre los  
 palacios soberbios, compadece un poder tiránico  
 cuya primera victima es el individuo que lo depo-  
 sita en sus manos; y vuelve su rostro con un ele-  
 vado y digno menosprecio, para no dar importancia  
 con sus miradas al insolente aparato de las rique-  
 zas. ¡O poder de la virtud! Aun los mismos que  
 desdeñan habitar contigo, usurpan tu nombre y tus  
 apariencias, para dar cuerpo al fantasma de su  
 vanidad. Mientras ellos mantienen nuestro concep-  
 to á favor de la regularidad de su vida, la huma-  
 na grandeza nos deslumbra; pero no bien les arre-  
 batas el velo tuyo que encubre su bajeza, cuando  
 todas las ilusiones se disipan y toda su gloria de-  
 saparece entre la espesa nube de sus pasiones mas  
 rastreras.

Es un triunfo para la religion haber venido

á revelar á los mas sencillos estos arcanos de iniquidad, que vislumbraron apenas los mas esclarecidos filósofos de la antigüedad pagana; y es un atributo muy prodigioso para la elocuencia haber hallado un instrumento tan eficaz para rasgar ese velo de gloria que cubre un corazon depravado. He aqui el secreto de la oratoria fúnebre: no son los elogios del personaje sino el canto que se eleva á las victorias de la muerte y al irresistible poder de la religion. ¿Pero como descubrir tan humillantes secretos á un auditorio tan ilustre que en el mismo recinto de la Divinidad exige los honores que se tributan al rango y al poder? He aqui lo que la religion ha dejado que hacer al genio de los oradores: ella les da la materia bastante, les comunica los acontecimientos mas notables, les instruye admirablemente sobre lo pasado, les descubre el misterio de lo presente, todavia mas difícil de conocer en ciertos casos, y les revela por fin la historia terrible ó dulce, pero siempre desconocida, de lo futuro: mas como nada desea tanto como extender el número de los justos, exige al mismo tiempo de los oradores, que apoderándose absolutamente de la materia, la distribuyan con delicada parsimonia, para hacerla fructificar mejor en el corazon de sus hijos. Nadie poseia mas bien esta táctica que Bossuet. Es fácil distribuir la moral cuando nos dirigimos al pueblo, cuya familiaridad nos autoriza para derramarla á torrentes; pero sobremanera espinoso hacerla servir á la edificacion de los grandes. Estrechado el orador por su ministerio, se ve en el caso de dar á entender que aunque la gloria en apariencia pone á cubierto de ciertas faltas, no por esto ellas dejan de existir; pero lo detiene al mismo tiempo el carácter de su auditorio. ¿Que hace pues en este caso? Toma un rumbo diagonal, no se atreve á insinuarse directamente; pero se explica de modo, que los cortesanos adivinan sus ideas y agradecen á la vez su respetuoso comedimiento. Todas estas ideas y otras

muchas, están contenidas en estos rasgos: „¿No se adoran secretamente? ¿No quieren ser adorados? ¿Que podrá reusarse la debilidad humana, mientras que el mundo se lo concede todo?”

Si de aqui pasamos á la parte literaria, la atencion se fija luego en el modo sorprendente con que alaba la actividad de la gracia en convertir el corazon de Henriqueta. Se ha repetido mil veces que la gracia no necesita el transcurso de muchos años, y que un instante le basta para transformar el corazon del hombre; pero al oír este mismo pensamiento en la boca de Bossuet, sentimos un arrebato de sorpresa tan grande, que abandonando el fondo por atender solo á la forma, creemos irresistiblemente que esta es la vez primera que engrandece los discursos del orador. *Efecto es de un arte consumado, reducir á pequeño una grande obra; y la gracia, esta excelente artista, se complace algunas veces, encerrando en un solo dia la perfeccion de una larga vida.*

¿Que dirémos de los afectos piadosos con que da fin el Orador á la parte confirmativa de su discurso? Sensibles como los movimientos del corazon, edificantes y tiernos como el idioma de la religion en una boca elocuente, vivos y animados como la mas perfecta pintura, nos ofrecen motivos para admirar en el mas alto grado aquella unción exquisita con que Dios ha querido consagrar los pensamientos mas delicados de sus ministros. Al ver una serie de palabras, extraordinariamente comunes, difundir por nuestro corazon tan piadosa ternura, tan puros y elevados afectos, nos vemos tentados de recordar con Laharpe aquel proverbio: *la palabra vale tanto como el hombre que la emplea.*

#### EPILOGO.

Una exhortacion á la penitencia mientras contamos con la salud, es el pensamiento que forma

la peroracion de este discurso. Pasaria por comun aun en los Sermones morales, cuyo estilo no pide la elevacion que corresponde á la oratoria fúnebre. Sentimos infinito que una obra tan perfecta no tenga una conclusion correspondiente á su mérito; pero debemos confesar que aqui mismo se notan con singular complacencia dos rasgos que no nos permiten dudar que estamos escuchando á Bossuet. „Los adoradores de las grandezas humanas estarán satisfechos de su fortuna, cuando vean que en un momento, su gloria pasará á su nombre, sus títulos á sus sepulcros, sus bienes á ingratos, y sus dignidades tal vez á sus envidiosos?” ¡Que profundidad! Que filosofía no encierran estas líneas! Es imposible llevar mas adelante la penetracion y la exactitud. No dice que su gloria perece totalmente, por que esto seria incurrir en una exageracion superflua; sino lo que es muy triste y muy verdadero: *que pasará á su nombre.*”

El otro rasgo se distingue por cierta melancolía que produce el anuncio de futuros recuerdos, y la concision con que se reasumen los pensamientos dominantes de toda la oracion. „Comenzad pues desde hoy á despreciar todos los favores del mundo; y cada vez que os acerqueis á estos lugares augustos, á estos soberbios palacios, sobre los cuales difundia MADAMA un esplendor que vuestros ojos buscan todavia; cada vez que, al mirar este gran puesto que llenaba tan bien, sintais que falta en él, pensad que esta gloria que admirais formaba su peligro en esta vida, y que ha venido á ser en la otra la materia de un exámen riguroso, en que nada pudo asegurarla, sino aquella sincera resignacion que tuvo con las órdenes de Dios y las santas humillaciones de la penitencia.”

Rasgo muy característico es de los grandes escritores, distinguirse aun en medio de sus defectos. Los vemos decaer algunas veces, pero su cai-

da es noble y solo sirve para hacernos mas sensibles á la elevacion que les sucede: los vemos en ciertos pasages tomar un rumbo trillado, que despierta poco nuestro interes, pero aun entonces mismo saben enfrenar nuestra censura con algun pensamiento nuevo, alguna idea original, algun rasgo sublime. Esto es lo que en efecto se nota con frecuencia en Bossuet, como se ha observado ya en el discurso de la oracion fúnebre de Henriqueta y muy particularmente en el epílogo. No tiene por cierto la ternura y elevacion que el que cierra el panegírico de Condé, la ingeniosa sencillez que tanto nos deleita en el de la reyna de Inglaterra, ni el terrible poder con que á los impenitentes amaga en la de Maria Teresa de Austria; pero si desfallece, no nos hace olvidar con esto al grande hombre que nos habla.

Si pues haciendo abstraccion de la desigualdad que á veces nos mortifica en el estilo de Bossuet, hemos de manifestar nuestro juicio sobre la oracion fúnebre de Henriqueta de Inglaterra, aplicaremos nosotros al Orador lo que el Orador aplicaba á la princesa: *jamás han sido las vanidades de la tierra ni tan claramente descubiertas, ni tan altamente confundidas.*

Seria inútil hacer un mérito aqui de la exactitud con que estan observadas las reglas comunisimas de la Retórica, por que no es esta la vara con que debe medirse al genio. Una ligera dedicacion á la práctica de los preceptos basta para evitar el rigor de la crítica en este punto; mas cuando es necesario dejar al artífice para atender al hombre de ingenio, solo puede contentar al buen gusto un vasto designio y una feliz ejecucion.